

Lección inaugural del Curso 2016-2017

(Pronunciado en el Salón de Plenos de la
Excma. Diputación Provincial de Toledo)
el 4 de octubre de 1916

CIENT AÑOS TRABAJANDO POR LA HISTORIA Y EL ARTE DE TOLEDO. ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO AL CENTENARIO DE LA RABACHT

RAMÓN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Director

Tengo que confesarles que el azar, algo tan fortuito y evanescente, ha jugado siempre un papel destacado, o tal vez sea más preciso decir curioso, en mi trayectoria personal y profesional. Un azar favorable, he de añadir, en el que, sin descender a narrarles casos concretos que les resultarían muy curiosos, la fortuna me ha sonreído. Y esta circunstancia ha ocurrido tanto en cosas de honda repercusión como en cuestiones baladíes, como es que en esta ocasión, cuando conmemoramos el I Centenario de la creación de la Real Academia me corresponda pronunciar el discurso inaugural del curso 2016-2017 y no otro año. ¿Dónde interviene el azar? En primer lugar en que, con la mirada puesta en la efeméride, en los últimos años me he dedicado a investigar la historia de la institución desde su fundación y en segundo lugar en que la renuncia como numerario del académico Fernando Dorado, buen amigo y mejor persona, ha hecho correr el turno de intervención establecido y que me encuentre dirigiéndoles estas palabras.

Ramón Sánchez González

Las conmemoraciones o, aplicando un término menos pomposo y más cotidiano, las celebraciones, más concretamente los cumpleaños, suelen ser un motivo de alegría, de regocijo. Si en vez de años se cumplen centenarios el entusiasmo puede desbordarse y se puede caer en la exageración. Junto a estos estímulos, las conmemoraciones, sobre todo si se trata de instituciones, son una ocasión muy propicia para reflexionar, para intentar hilvanar un análisis lo más objetivo posible, con sus luces y sus sombras, huyendo del panegírico, la jactancia, la apología o la hagiografía para resaltar en exceso sus cualidades y virtudes.

Con este propósito introspectivo pretendo abordar mi intervención. Por un lado actuando como historiador que ha dedicado trabajo –“tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas” que diría Cervantes- al estudio de la Real Academia, lo que implica un rigor basado en documentos y en fuentes que ratifiquen las afirmaciones vertidas; pero por otro lado actuando como cronista, es decir como alguien que escribe sobre lo que ha vivido. En este sentido mis casi 14 años como numerario, haber desempeñado, en una década, porque mis compañeros generosamente así lo quisieron y que siempre, siempre, les agradeceré, los dos cargos de mayor responsabilidad –Secretario y Director- me han permitido contemplar la realidad desde una atalaya privilegiada. Sobra decir que lo que exponga es muy subjetivo, no es más que mi opinión personal, no la de la Academia, y que no busco con ella ni la adhesión, ni la polémica, ni pretendo sea compartida. Sí es un razonamiento sincero que no

Lección inaugural del Curso 2016-2017

rehuye cuestiones que puedan resultar vidriosas y que espero a nadie ofenda porque, a veces, como escribió Georges Brassens: “No, a la gente no gusta que uno tenga su propia fe”.

Los centenarios no deben convertirse en una mera glosa de bondades y aciertos, en esparcir incienso a los cuatro puntos cardinales, también deben ser ocasiones propicias para pensar y ofrecer ideas que contribuyan al debate.

Es sabido, como la génesis de la Real Academia arranca con unas tertulias dominguera que celebran en el despacho del Director de la Escuela de Artes y Oficios, varios personajes de extracción profesional muy dispar –profesores, militares, clérigos-, intelectualmente inquietos –lo que cariñosamente y sin ningún ánimo despectivo, llamaríamos “culturillas” o si se prefiere utilizando una frase del periódico *El Castellano* “anónimas abejas de inagotables entusiasmos para laborar en pro de la historia y del arte de Toledo”- interesados por el patrimonio histórico artístico, por su defensa y divulgación.

Conviene recordar que la ciudad que vio nacer la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo era con sus aproximadamente 25.000 habitantes, una urbe provinciana –como tantas de Castilla-, en el sentido peyorativo de la acepción, un fantasma de glorias pasadas –“inútil bagaje, que se ha convertido en lastre, anquilosando todas sus energías”, en palabras de Urabayen-, un paisaje que, desde el siglo anterior particularmente, atraía a viajeros y artistas, deslumbrados por unos monumentos y

Ramón Sánchez González

un casco urbano repleto de reminiscencia judías y musulmanas, envueltas en un halo de decadencia que le confería un tinte romántico. “Enferma de melancolía”, se había convertido en una etapa obligatoria para artistas extranjeros que venían a conocer el país; por sus calles transitaron pintores de la talla –no de estatura precisamente- de Toulouse Lautrec, o Picasso.

Los elogios hacia su historia, su tradición y su patrimonio proliferan por doquier. A principios del siglo XX Cossío le dedicó unas bellas palabras “Toledo era entonces y continúa siendo la ciudad que ofrece el conjunto más acabado y característico de todo lo que han sido la tierra y la civilización genuinamente españolas, el resumen más intenso, brillante y sugestivo de historia patria, en suma, un pueblo donde cada piedra es una voz que habla al espíritu”. Pero, sin que nadie discutiera esa preeminencia cultural, la realidad cotidiana iba por otros derroteros más oscuros y podía coincidir con el arranque de la novela *La Regenta* de Clarín, cuando se escribe “La heroica ciudad dormía la siesta” o con la frase unamuniana “tranquilas villas de reposado vivir”. Con todo, hay que tener presente la decadencia y el deterioro sufrido en el patrimonio artístico y monumental por causas muy heterogéneas.

Sobre esta panorámica tan poco halagüeña intenta intervenir, en un afán modificador de mejora, la nueva Corporación académica, compuesta en su mayor parte por personas que venían desempeñando cargos en organismos e instituciones que ya fuera de forma exclusiva o tangencial ponían su mirada en el patrimonio, pues no

Lección inaugural del Curso 2016-2017

debemos perder de vista que Toledo era una ciudad pequeña, como se ha señalado, una urbe de escasa entidad poblacional que como escribió Gustavo Adolfo Bécquer "...para los que no sabían apreciar los tesoros de arte que encierran sus muros,... no era más que un poblachón destartalado, antiguo, ruinoso e insufrible". Aquí todos se conocían y los espíritus inquietos estaban presentes en todas partes.

Una atenta lectura del contenido de las juntas celebradas, recogidas en las actas, a las que tomando prestada una frase de Graham Green podemos considerar "un sendero arenoso que guarda en su interior la huella de las pisadas", nos revela la intensa actividad desarrollada desde su fundación, un *modus operandi* –permítanme la finura lingüística ya que estamos en un ambiente académico- que en esencia sigue conservándose.

Las formas de actuación habituales se concretan, a lo largo del tiempo, pasado y presente, en el estudio y protección del patrimonio artístico, la presentación de mociones e informes, conmemoraciones, convocatoria de premios, exposiciones y lecturas de trabajos científicos, algo, esto último, muy intenso en los primeros años, pero que fue desapareciendo poco a poco.

No voy a caer en la tentación de hacer una síntesis de la historia de la institución, pero sí voy a proporcionarles algunas referencias concretas –menos de las previstas pues me han pedido que limite mi intervención-, probablemente desconocidas para muchos, que

Ramón Sánchez González

además de resultarles de interés y curiosas les servirán para conocer mejor las aportaciones de la Real Academia.

Hubo un intento de crear un museo propio con una serie de obras de procedencia muy variada, aunque con el común denominador de tratarse de donaciones, entre ellas una lápida de grandes proporciones, fechada en 1355 con inscripciones hebreas, descubierta en la Venta del Hoyo en 1917 que en la actualidad se exhibe en el museo Sefardí de Toledo. Para este proyecto sin culminar se pidió a los académicos artistas que aportaran muestras de sus creaciones. Se elaboró un catálogo del museo embrionario en el que se registraron cuadros, retratos y esculturas. Gran parte de las piezas existentes pasarían posteriormente al Museo Provincial de Santa Cruz.

Los historiadores, en general, somos muy dados a convertirnos en administradores de efemérides y conmemoraciones, tal vez porque como escribió Manuel Machado

¡Ay del pueblo que olvida su pasado / y a ignorar su prosapia se condena;
/ ¡Ay del que rompe la fatal cadena / que al ayer el mañana tiene atado;

y efectivamente siempre nos ha interesado unir el ayer con el mañana y divulgar el conocimiento. En este sentido se organizaron numerosos actos alrededor de personajes ilustres vinculadas con las artes y las letras toledana, tales Cisneros, Garcilaso, Elisio de Medinilla, Tristán, El Greco, Cervantes, Amador de los Ríos...

Lección inaugural del Curso 2016-2017

que dejaron un recuerdo para la posteridad con la colocación de placas que aun hoy, aunque algunas en un estado de deterioro lamentable, adornan nuestras calles. Otras, por falta de recursos – ¡poderosos caballero es don Dinero!- aun no se han podido instalar como la dedicada a Ricardo Arredondo.

La sede de la Real Academia, su magnífico salón mudéjar de la Casa de Mesa, fue escenario de múltiples exposiciones organizadas por la institución. Las muestras realizadas podemos calificarlas como de entidad modesta, limitadas en sus pretensiones, más bien orientadas a exhibir las propuestas, iniciativas y actividades encaminadas todas ellas a difundir e impulsar las artes y los oficios artísticos e incluso artesanos, pues es difícil discernir la fina línea que delimita ambos quehaceres. Interesante, sin duda, tal vez novedosa y peculiar fue la Exposición de proyectos arquitectónicos, sobre la conservación de las ciudades artísticas y su adaptación a la vida moderna, de Alfonso Jimeno, ganador del primer premio del concurso Nacional de Arquitectura realizada en 1931 y patrocinada por la Real Academia.

Varias exposiciones, aunque promovidas en la docta corporación se hicieron en otros lugares que reunían mejores infraestructuras. Muy alabada fue la Exposición de hojalata celebrada en 1919 en la sala capitular del Palacio Municipal. Se buscaban dos finalidades exhibir objetos de valor artístico, confeccionados con ese material, existentes en la ciudad e invitar a los maestros de esa manufactura para que concurrieran con sus obras, en un afán de estímulo y reconocimiento a su labor. Inaugurada en junio coinci-

Ramón Sánchez González

diendo con la fiesta del Corpus, se confeccionó un catálogo y Román Martínez realizó un reportaje fotográfico que después entregaría a la Academia.

Desde hace cuatro años la RABACHT viene otorgando unos Premios como estímulo y reconocimiento a artistas e historiadores. Se trata de una iniciativa de larga tradición y presente casi desde su erección en 1916, dado que una de las propuestas que se pusieron en marcha al poco tiempo de la fundación fue la convocatoria de premios, de existencia más o menos prolongada, consolidados unos, de vigencia efímera otros, sin descartar iniciativas de escaso éxito. El saludable propósito de estimular la creación artística, en unos casos, o reconocer los méritos al esfuerzo, en otros, fueron las principales motivaciones que subyacían en el espíritu con que se erigieron. Fue, sin duda alguna, el Conde de Casal, fecundo mecenas, quien mostró un mayor ánimo a la hora de promoverlos, en concreto sufragó el premio “a la virtud y al talento”, para ayudar a estudiantes necesitados, otro de carácter literario sobre Cisneros y Toledo, pero fue sobre todo el Premio Alcora, creado con el fin de galardonar al alumno más aventajado procedente de las Escuelas de Toledo o de Talavera en la clase de Cerámica. Vigente desde 1921 hasta 1955 en tan dilatado periodo de tiempo fueron muchos los galardonados, jóvenes estudiantes, hombres y mujeres, aprendices, que terminarían consagrándose como auténticos maestros. Sin ánimo de exhaustividad hubo otros como los premios a los obreros, alumnos matriculados en la Escuela de

Lección inaugural del Curso 2016-2017

Artes y Oficios que consistían en herramientas del oficio respectivo, más un diploma en pergamino; Premio Pedagógico “Marqués de Mirasol”, fundado en 1931, con la finalidad de gratificar un trabajo pedagógico sobre el arte o la historia; Premio Teodoro San Román, en 1933 de convocatoria única, para sufragar el título de Bachiller a un estudiante que no tuviera bienes de fortuna y mostrara buena aplicación y conducta durante su escolarización, etc.

Entidad propia, aunque de menor prestancia que los premios, lo constituían los diferentes certámenes promovidos desde la Real Institución. De heterogénea tipología, fotográfico, literarios, artísticos, históricos... comprendía todo un conjunto de iniciativas encaminadas a incentivar, impulsar y divulgar diferentes aspectos o personalidades de la cultura o a ampliar el campo de conocimiento a través del aliento por nuevas investigaciones.

En estas breves pinceladas históricas que les estoy relatando es muy oportuno subrayar, como una constante, la convivencia armónica y fructífera con las instituciones detectadas de sus inicios. En el ámbito local es, lógicamente, dónde más intensos son los contactos con todos los poderes instituidos, civiles, eclesiásticos y militares. Pero es sobre todo el Ayuntamiento y la Diputación quienes recurren con mayor frecuencia para recabar informes, opiniones, criterios, de los académicos a la hora de afrontar cuestiones como la nomenclatura de las calles, la acometida de algunas obras en plazas o en edificios monumentales. Son prioritariamente los actos culturales, el principal núcleo

Ramón Sánchez González

alrededor del cual se articula la cooperación con las diferentes asociaciones, centros formativos o autoridades. Se buscan asesoramiento, ideas, designación de académicos como miembros de jurados... Hubo veces, *in illo tempore* que dirían los clásicos que hasta la Academia contribuía con dinero a certámenes ajenos. Hoy no estamos para dar más que los ¡buenos días! o haciendo un esfuerzo también las ¡buenas tardes!

La belleza artística del salón principal, en la anterior sede, se convirtió en argumento estelar de peticiones puntuales de cesión para actos y conmemoraciones a las que se intentaba revestir de solemnidad y atractivo. La colaboración altruista fue constante, incluso de vez en cuando la generosidad se extendió al préstamo del mobiliario. Colegio de Practicantes, Cruz Roja, Asociación Cultural Montes de Toledo, Ateneo, han sido algunos de estos beneficiarios.

Un capítulo sumamente interesante es el de la convivencia interna en el seno de la Real Academia, pero eso no se lo voy a contar, lo dejamos para mejor ocasión. No obstante, quede claro que la concordia, el afecto sincero, la tolerancia, han sido siempre el común denominador. Con todo no debemos perder de vista que lo fundamental, lo que perdura, es la institución, los académicos pasan, la Real Academia permanece y ¡ojalá! permanezca muchos centenarios más.

Abandono aquí el relato como historiador para entrar en otro más personal y subjetivo: el de cronista.

Lección inaugural del Curso 2016-2017

En mi labor de cronista anunciada al principio, lo primero que quiero resaltar es uno de los aspectos que más me llamó la atención y que creo, en líneas generales, ha sido siempre una constante a lo largo de la existencia de la Academia. Me refiero a la alta cualificación como historiadores y artistas de sus integrantes. En determinados debates vividos en las sesiones, tenía la sensación de estar recibiendo conocimientos como si procedieran de tomos distintos de una espléndida enciclopedia. Permítanme, como excepción, que mencione a dos académicos numerarios, desgraciadamente desaparecidos, por los que les confieso siempre sentí una gran debilidad, entendida como admiración y cariño. Me refiero a Julio Porres y a José Aguado cuyas intervenciones no dejaban de sorprenderme por la sabiduría que entrañaba y por la perspicacia en descubrir retazos ocultos de Toledo. La fecunda ilustración de sus integrantes, unida muchas veces a su longeva edad, creo que constituye una de las realidades más desconocidas para muchos toledanos. Un conocimiento que pasa desapercibido a pesar de estar presente en las más diversas manifestaciones plásticas del tejido urbano de la ciudad y de algunos de sus sitios más conocidos. Muchos ignoran que en un lugar tan querido para los amantes de las tradiciones como la ermita de la Virgen del Valle, pueden contemplar las verjas elaborados por Julio Pascual, las pinturas por Vicente Cutanda, los zócalos por Sebastián Aguado, todos ellos numerarios, miembros fundadores y vinculados a la Escuela de Artes y Oficios, un centro docente, por cierto, semillero de artistas, cuyo papel protagonista de antaño es

Ramón Sánchez González

imprescindible para conocer y comprender el desarrollo artístico de Toledo y el propio de la Real Academia.

En numerosas ocasiones me ha asaltado la duda de hasta qué punto la RABACHT es conocida en la ciudad y aun más en qué medida es percibida en su auténtica dimensión, superados los prejuicios, a veces fundados, pero las más infundados, fruto más bien de un desconocimiento absoluto de su composición y funcionamiento, cuando no de un intencionado deseo de perjudicarla. Y tal vez la propia corporación ha descuidado esta parcela, más preocupada por las cuestiones fundamentales que han justificado y justifican su razón de ser y más proclive a una excesiva discreción.

Me estoy refiriendo a lo que ahora, utilizando una palabra de la que se usa y abusa, convirtiéndose en moda, como antes fue “a nivel de”, “entre comillas” –gesto incluido- “poner en valor” o “postureo”, estamos ante un problema de “visualización”. Seguro estoy que si viviera Fernando Lázaro Carreter haría de este vocablo objeto de uno de sus dardos en la palabra.

Permítanme insistir para los poco avezados en el asunto que sus integrantes, con independencia del ejercicio profesional que desempeñen o hayan desempeñado, están ahí por sus méritos en parcelas concretas de las artes plásticas o del conocimiento histórico. Y que su labor está presidida por el compromiso con la difusión, preservación y estudio de la riqueza artística, histórica, patrimonial de una ciudad Patrimonio de la Humanidad y de una

Lección inaugural del Curso 2016-2017

provincia que rebosa arte y cultura, popular y sabia, por todos los rincones.

La economía, para ser más preciso, la falta de solvencia económica es el mayor lastre que arrastra la institución desde hace unos años. Convencidos de nuestra dependencia institucional de la Junta de Comunidades de C-LM, resultado de varias reuniones, en la primavera del año pasado, el Gobierno Regional se mostró sensible a nuestras demandas y fruto de ello fue la cesión de un inmueble, durante veinte años, como sede social –algo que agradecemos profundamente- y la intención de incorporar una partida económica –con 30.000 euros anuales cubriríamos nuestras necesidades más urgentes- en los presupuestos regionales. El resultado electoral y el cambio de Gobierno paralizó la propuesta en la que teníamos puestas muchas esperanzas y solo nos queda animar a las actuales autoridades regionales a que sea recuperada.

Sin recursos económicos difícilmente se pueden afrontar los objetivos nada materiales para los que hace cien años se creó la Real Academia. Sin recursos de nada sirven los esfuerzos del Director, de los que puedo dar fe, para incentivar la labor académica, los denuedos de la Junta Directiva, de los que también puedo levantar acta o los desvelos del Depositario-Contador que ya no sabe qué imaginar para generar ingresos y disminuir gastos. La precariedad llega a extremos, desde hace varios cursos, que la propia Corporación cuando desarrolla alguna actividad académica, dentro o fuera de la ciudad, son sus propios componentes quienes

Ramón Sánchez González

aporten el dinero, de sus bolsillos personales. Mucho es el tiempo que en las juntas ordinarias dedicamos a hablar de los números rojos –rojísimos- de nuestra cuenta, del temor a que nos corten algunos suministros básicos, restando tiempo a lo que realmente explica nuestra existencia y a lo que deberíamos dedicar nuestras energías: servir a la historia, el arte, el patrimonio.

Hubo un tiempo en que anotaba las declaraciones de los responsables políticos, de uno y otro signo, cuando se pronunciaban sobre la cultura y su trascendencia en la sociedad. Frases elocuentes, en las que, en síntesis, siempre venían a afirmar que la cultura era imprescindible, necesaria “como el pan de cada día, como el aire que exigimos trece veces por minuto”, que diría Gabriel Celaya, pero esos deseos programáticos a veces, lamentablemente, se quedan en una mera retórica vacua, al menos por lo que toca a la RABACHT, que reconociendo algunas ayudas recibidas eran, en su conjunto, insuficientes para subsistir.

No deja de resultar sorprendente la noticia que recogía en el mes de junio pasado uno de los periódicos de mayor difusión nacional en la que exponía que 3,5 millones de euros costaría a las arcas públicas abonar el paro a sus señorías diputados y senadores por el trabajo desempeñado en apenas cuatro meses, en concreto 111 días, como consecuencia de las elecciones de diciembre de 2015. Si como indicaba hace un momento, con 30.000 euros al año sobrevivimos, con ese dinero, a 35.000 euros, tendríamos financiación para un siglo. No quiero caer en la demagogia barata, pero quédense con la sustancia de lo que intento trasladarles, la idea de

Lección inaugural del Curso 2016-2017

un sentido más equilibrado –no se si sería más acertado utilizar la palabra justo- en la distribución de los recursos del Estado.

La escasa presencia de mujeres en la Real Academia constituye, en mi opinión, uno de sus talones de Aquiles. No resulta fácil de entender que se tardara cincuenta años en incorporar a una mujer como numeraria, aunque eso sí cuando se hizo, en 1966, se eligieron tres el mismo día, pero constatar que en la segunda década del siglo XXI las académicas numerarias sean casi testimoniales no tiene justificación, aunque sí explicación, en la que prefiero no entrar. Como estamos en un acto académico me permitirán la utilización de un lenguaje más ilustrado para decirles que *de jure* no existe ningún impedimento estatutario para su incorporación, pero *de facto* apenas si están representadas. Quede claro, asimismo, mi opinión contraria a ningún tipo de cuota, ni de paridad por decreto ley, pero sí con igual rotundidad les expreso mi convencimiento personal de que su incremento en el seno de la Real Academia es una necesidad apremiante.

Este hecho contrasta aún más si echamos una mirada en el tiempo largo y verificamos la representación constante y abundante de sectores sociales mucho menos predominantes en el conjunto de la sociedad o comprobamos cómo la política, un feudo a principios del siglo XX tradicionalmente reservado a los hombres y renuente a aceptar la figura femenina, ya en la segunda década contaba con mujeres concejales en el Ayuntamiento de la capital. Un avance, que con la elección de nuestra actual Alcaldesa, antigua alumna

Ramón Sánchez González

mía, algo de lo que me gusta presumir, se consolida al conseguir por primera vez que acceda a la primera magistratura municipal.

Una situación objeto de atención es el desequilibrio entre las dos secciones que componen la institución: Bellas Artes e Historia con una manifiesta inclinación de la balanza hacia las ciencias históricas. Predominan de forma abrumadora los numerarios cuya formación académica procede prioritariamente de la carrera de Geografía e Historia, con sus múltiples especialidades, incluida la Historia del Arte, y se echa en falta más expertos en ramas tan señaladas de las Bellas Artes como Música, Restauración, Fotografía, Cine, las más clásicas de pintura, escultura, o las procedentes de las tan injustamente denominadas artes menores. Soy de la opinión, y son muchas las veces que lo he expresado, de que es necesario incrementar la nómina de artistas. Con ello no solo se restablece un equilibrio lógico, también se amplía la capacidad formativa de la institución para dar respuestas a las contingencias sobrevenidas, al contar con más especialistas, cuyas aportaciones en cuestiones de patrimonio revisten una particular relevancia y pueden resultar en determinadas circunstancias más necesarias para un correcto enfoque urbanístico y para, en unión de los historiadores, contribuir a resolver problemas de palpable actualidad.

Aunque entre los integrantes de la Real Academia predominan los historiadores, como dijo el poeta –podrán comprobar por las referencias literarias mi afición a la poesía, con rima o sin rima, pues en nuestra corporación a un querido compañero solo le gusta la

Lección inaugural del Curso 2016-2017

que rima, desechando el verso blanco-. Repito, como anotó el poeta “Ni vivimos del pasado / ni damos cuerda al recuerdo”, es decir no somos eruditos que nos limitamos a desentrañar el tiempo pretérito, nuestra mirada está puesta en el hoy y en el mañana. No se si como apunta el poema “somos turbia y fresca un agua que atropella sus comienzos”-tal vez no, pues se nos atribuye un exceso de conservadurismo-, pero, continuando con los versos, sí “somos el ser que se crece”, en el sentido de que las dificultades no nos arredran, si así fuera ya habríamos desaparecido; también “somos un río derecho” en cuanto actuamos con total rectitud.

Tanto o más que la historia y el arte del ayer nos interesa, nos ocupa, nos preocupa la realidad presente y la que pueda venir. Nos esforzamos para no trabajar de espaldas a lo que sucede, a las nuevas tendencias artísticas, a los proyectos novedosos. De ahí nuestro deseo de participar en todas las instituciones generadoras de iniciativas que afectan al acervo cultural y patrimonial de Toledo y su provincia. Esto ha sido una permanente seña de identidad desde sus comienzos hasta hoy. Para comprobarlo basta echar una mirada a la historia de la última centuria. Viene a propósito entresacar una frase de Hilario González, Director en 1926, en contestación a una invitación del municipio dirigida a “conocer los medios que deben adoptarse para conservar la riqueza artística de la ciudad”, en la que subraya “Difícil empeño, que toca los límites de lo imposible, es armonizar la conservación de los reliquias históricas y las exigencias de la vida moderna”.

Ramón Sánchez González

Ese mismo deseo, conciliar lo antiguo y lo actual, guía nuestros pasos.

Lógicamente, la Real Academia, como todo órgano colegiado, aunque siempre expresa una voz unitaria, la aprobada por la mayoría, no es una institución de pensamiento único, ajena a la controversia, al debate, a la discrepancia. Planteamiento que a nadie debe ofender, cuando se hace desde la honestidad y el convencimiento de las ideas que se defiende y que, en ningún caso debe llevar a la descalificación o el menosprecio. Ciertamente es reconocer que, a lo largo de su historia, el abandono voluntario de la Corporación ha sido una realidad. Lo fue incluso entre los fundadores, lo ha sido recientemente y lo será en un futuro inmediato. Las razones muy variadas: personales, entre comillas y sin comillas, discrepancias difícilmente salvables, desilusión, decepción por las esperanzas puestas y no cumplidas, desencuentros personales, en fin un cúmulo de circunstancias dignas del máximo respeto y que se deben aceptar con ánimo sereno y como un acto de libertad personal, la misma que se mostró para ingresar. En cualquier caso, lo habitual es la permanencia desde el nombramiento hasta el fallecimiento o hasta que las fuerzas físicas o la enfermedad menoscaban la salud y merman las facultades. Un ejemplo ilustrativo de longevidad académica lo tenemos en Guillermo Santacruz a punto de cumplir 50 años como numerario, medio siglo ¡casi nada! e igualar a otro arquitecto, José Gómez Luengo que lo fue durante cinco décadas, padre de Juan José que este verano cruzó a la otra orilla para

Lección inaugural del Curso 2016-2017

ingresar en el panteón de académicos, discretos y buenos, en el sentido machadiano de la palabra, sumiéndonos en la tristeza por su inesperada marcha.

Llegado a este punto, pensando ya en cerrar mi intervención y no abusar de su paciencia, a modo de conclusión –y siempre desde mi particular punto de vista, no del institucional- quiero expresar un par de consideraciones complementarias. Después de sumergirme en la vida interna de la Real Academia a través de la lectura minuciosa de sus actas y de conocer su actuación con otras fuentes complementarias, la principal conclusión a la que llego es la de reconocimiento y gratitud por su cooperación e impulso al desarrollo cultural de la ciudad, con otras palabras, su compromiso ético con una capital rebosante de arte e historia. A lo largo de su trayectoria se aprecia un rigor en sus dictámenes, una profunda inquietud por aportar ideas, un espíritu vigilante estrechamente unido a un afán por defender el patrimonio y conseguir colocar a Toledo en las más altas cimas de prestigio.

Justo es reconocer que en este largo proceso, no siempre se acertó, tal vez, en algún momento, no se estuvo suficientemente diligente; cierto también que no faltaron voces discrepantes a veces procedentes de personajes desequilibrados con pretensión de hacer ruido, como fue Ventura Fernández López, hombre curioso, defensor de la teoría de que Colón era de Toledo, quien se despachó a placer contra la institución a la que criticó con aspereza llegando al insulto personal, al dedicar a algunos de sus componentes calificativos de “tontos de remate”, “indocumenta-

Ramón Sánchez González

dos” y otras lindezas; otras veces la discrepancia procedió de personajes menos histriónicos, como Félix Urabayen, profesor y novelista desconcertante con una personalidad que le lleva a abrazar la causa republicana –amigo personal de Manuel Azaña y candidato por Izquierda Republicana en unas elecciones- al tiempo que no halló inconveniente en 1924 en firmar un manifiesto, que apareció en la prensa, “de absoluta conformidad y adhesión con la labor regeneradora” del golpe de Estado de Primo de Rivera; ni tuvo empacho en incorporarse como Académico Correspondiente a pesar de sobresalir por su acidez y su sarcasmo a la hora de valorar el papel de la docta casa y de referirse irónicamente a sus integrantes como “sesudos dólmenes de la erudición provincial”.

Créanme que al hacer afirmaciones elogiosas del papel de la Corporación no me dejo arrastrar por mi condición de académico. Cualquier estudioso del Toledo del siglo XX sabrá reconocer y ponderar, en sus justos términos, que sin las aportaciones de la Academia, la vida artística, el conocimiento de la historia, hubieran sido más pobres y limitados.

Otra consideración que quiero compartir es mi firme convicción de que una institución como la RABACHT, con una trayectoria centenaria de servicio generoso a Toledo y su tierra, es necesaria y beneficiosa –no me atrevo a decir imprescindible, (nadie lo es) por no caer en la petulancia-. Foro de debate, laboratorio de ideas, fuente de conocimiento, con sus aportaciones, no siempre bien entendidas, se convierte en un órgano consultivo que no se debe

Lección inaugural del Curso 2016-2017

desaprovechar ni por las instituciones, públicas o privadas, ni por los ciudadanos a título personal. Las resoluciones vertidas a la opinión pública consecuencia de intercambio de pareceres internos, contribuyen a enriquecer los debates públicos, a trasladar ideas que coadyuven a arrojar luz sobre controversias que preocupan a la ciudadanía.

Cien años de entrega a la cultura toledana nos otorga una credibilidad avalada por múltiples actuaciones y hechos, aplaudidos unos, censurados otros, con la concesión de numerosos premios y reconocimientos que por modestia prefiero obviar, pero el papel destacado desempeñado por la RABACHT no debe llevarnos a caer en la tentación de creernos el ombligo cultural de Toledo, somos una más de las instituciones que en su horizonte programático tienen a la ciudad del Tajo, a su enorme patrimonio tangible e intangible, como foco de atención y objeto de sus desvelos por protegerlo, divulgarlo y engrandecerlo en la medida de sus posibilidades.

Sin recelos ni desconfianzas, conscientes de nuestra propia personalidad forjada a lo largo de una centuria, con escrupuloso respeto hacia las otras entidades culturales –el mismo que exigimos hacia nosotros- la cooperación desprendida, altruista, sincera, debe guiar nuestros pasos, convertirse en máxima de actuación, eso sí, sin perder nuestra identidad.

La voz de la Real Academia seguirá escuchándose; de su seno continuarán brotando opiniones y razonamientos para contribuir a

Ramón Sánchez González

hacer una ciudad más próspera desde el punto de vista cultural, para dar a conocer nuestra dilatada riqueza patrimonial, para velar por la conservación y ampliación del acervo artístico, para preservar en el imaginario colectivo el testimonio de un legado milenario que no se debe borrar de la memoria. En este sentido, parece oportuno traer a colación el verso de Garcilaso de la Vega “y aquel sonido hará parar las aguas del olvido”. El sonido de la Real Academia perdurará para que no caiga en el olvido la defensa y la difusión de su arte y de su historia, porque como escribió un poco conocido Pedro Vega en 1602 “si el olvido es muerte de las cosas, el escribirlas será resucitarlas, darlas vida, hacerlas inmortales”.

La Real Academia es su Real Academia, siéntanla como propia y ayúdenla para que dentro de 100 años otros académicos y otro público festejen el segundo centenario. Unan su nombre al de Toledo, abracen, metafóricamente, a la institución y a la ciudad y dediquémosles todos nuestro esfuerzo generoso. Termino con unos versos de Jorge Luis Borges que al redactar este párrafo final acuden a mi mente y que pretenden reflejar la entrega:

*A mi ciudad de patios cóncavos como cántaros
y de calles que surcan las leguas como un vuelo,
a mi ciudad de esquinas con aureola de ocaso
y arrabales azules, hechos de firmamento.*

Muchas gracias